



La trascendencia de un filme está, más allá de pretensiones y premios, en la vitalidad de su impacto audiovisual y su mensaje revelador. Con casi dos décadas, *La vida es silbar* provoca la reflexión y testimonia las contradicciones del alma y de una época. Aún sus personajes, y sus «textos» sonoros y visuales, cuestionan sin respuestas definitivas

el «paisaje múltiple» de La Habana, de Cuba, de sus hijos y de cualquier hombre. Con el sello de su autor, este filme es Cine en su dimensión más amplia, porque se apropia de los códigos artísticos desde un discurso personal y de un lenguaje expresivo poco habitual; porque tiene mucho que decir, sabe lo que quiere decir, y sobre todo «lo dice bien».

Mucho que decir...

Más que un anhelo romántico, en *La vida es silbar* ser feliz aflora como urgencia frente al sinsentido, al abandono, al desconcierto y a la necesidad de «un amanecer», de una esperanza y de autorredención. La búsqueda de felicidad como hilo temático teje las tres historias paralelas por caminos diferentes, pero hilvanadas en sus móviles esenciales. Mariana, Julia y Elpidio están «presos» en imperfecciones, errores y emociones que los dominan, y esa falta de control genera un debate desgarrador por encontrar su verdad.

La insatisfacción íntima de su naturaleza antiheroica y vulnerable, devela una angustia existencial revertida en inercia, exceso de pasión, o un carácter inconforme y rebelde.

Y en el fondo está *el miedo*, ese fantasma que «devora el alma». Miedo contra verdad es tal vez un reduccionismo en la riqueza de conflictos y lecturas permisibles dentro de *La vida es silbar*. Pero cada personaje, incluso secundario, teme y rebusca en su ser para «pesar» el sentido de su vida y rescatar alguna «luz» en la oscuridad. La confrontación entre conciencia y conducta recorre tramas para contraponer el ideal de perfección con la realidad de quienes «no siempre deciden lo mejor en el mejor momento»; los «hijos» que tal vez no fueron como su madre «Cuba» quería, pero siguen intentando llegar a ser quienes son, al menos ellos mismos.

Realización y frustración, formalidad y vitalidad, autorrepresión y liberación, se articulan al estilo del director en una imbricación por momentos desoladora entre los contextos íntimos y sociales. Claro, siempre con un posible «silbido».

Un «discurso» diferente...

La polémica de los mensajes «silbados» en esta película proviene en buena medida de los símbolos y resortes artísticos que el director maneja para «enrarecer» la comunicación, desde sonidos e imágenes. Ya es poco habitual dentro del cine cubano romper la linealidad narrativa con un montaje típicamente «en paralelo»; mucho más, si el paralelismo se acerca al «montaje de ideas» subyacentes en anécdotas con un punto inicial común, y la «salvación» tan *sui generis* en la escena final. Pero la diferencia aquí no es cuestión de tecnicismos o innovaciones. El tono filosófico de *La vida es silbar* marca otra manera de decir que se desprende de la tesis misma del filme. Los frecuentes «desmayos» describen con elocuencia un panorama ético, contrapuesto al ideal francés de igualdad, libertad y fraternidad.

Por otra parte, las «citas» recurrentes y el concepto de un cosmos, donde «destino» y «casualidad» juegan con las «elecciones» que hace Bebé desde su «otro mundo», impregnan el transcurso dramático de un misticismo hilarante y compensador, respecto al trasfondo denso y duro de los conflictos. Por eso, lejos de aburrir, *La vida es silbar* extrae *in crescendo* emociones, desde la ternura y la compasión, hasta un erotismo a veces tímido y otras desbocado, que puede «escandalizar» más allá de los ojos.

El simbolismo mágico-religioso, sin pretensiones decodificadoras, entra en el «toque» fantástico del discurso filmico y respalda la cubanía raigal de *Elpidio Valdés* y su amor por *Cuba*. Moverse por «señales» es, sobre todo, un ardid para llevar las historias; más un recurso narrativo que simbólico. Los símbolos propiamente, sean nombres o imágenes, no dejan dudas de su referencia; aunque, eso sí, abren un espectro interpretativo donde siempre la duda es polisémica.

Especiosos en que mirarse y encontrarse; el agua, a veces también espejo, y otras, torrente purificador, funcionan en el propósito explícito de «ver» la verdad... Pero, tanto o más que los símbolos, en *La vida es silbar* las atmósferas, los rostros y el engranaje secuencial «hablan» desde su idioma «re-creador».

Decir lo que quiere y decirlo bien...

Lo que se dice textualmente en este filme es solo una síntesis de lo que expresan planos, secuencias, ambientes, y sobre todo, la música. La construcción metafórica del discurso deleita los sentidos con el placer de imágenes impactantes y, además bellas, que a ratos describen, más que un lugar, una idea. Los planos cerrados en detalles, o en los rostros de Luis Alberto García, Coralia Veloz y Claudia Rojas... recorren la geografía interior de los protagonistas y «sacan» sus batallas íntimas sin apenas palabras: ¡todo un ejercicio de contención interpretativa y precisión gestual que convence sin absorber el intelecto! Entonces, la música, esencia del silbido, entra a distender, o incluso a contraer, momentos de catarsis. A veces bromea y guiña sus mensajes, ignorando el *rol* de simple paráfrasis para anudar o estirar los hilos dramáticos dentro de la madeja de emociones-reflexiones en los conflictos. No puede «silbarse» al estilo de esta película, sin los acordes sinfónicos, o sin la cadencia del Bola y Benny Moré, que eslabonan lo visible y lo invisible de cada personaje y se tornan hebra central que los interconecta.

Sonido, luz y color crean «otra» realidad, distanciada del naturalismo por pura voluntad. Ambientes tan azules, o tan grises o blancos, deslumbran la vista por su ilusión expresa, o su impresión desolación. La sensualidad no es cuestión de actitudes; nace de las texturas y los tonos, se respira en el «clima» locuaz donde detalles escenográficos o espacios interrogan e incitan al escrutinio.

Silbar es, según la perspectiva de estos mensajes, seguir vivos; sacar música del pecho, «atrapar» lo esencial, fugaz como el silbido, para disfrutar y «romper» la inercia, mientras la vida «pasa». Pero, más que silbar, la obra de Fernando Pérez demanda «gritar» quién eres, ser libre del miedo, buscar respuestas y correr hacia la esperanza, porque aún es posible el reencontro. La clave de la felicidad se halla en el silbido que une y acepta... No somos perfectos, tampoco la vida, pero siempre se puede «silbar». Y este filme «vive» para recordarlo.